

¿Son los jóvenes violentos?

Una aproximación a los hábitos de convivencia de la juventud

Desde la asignatura de Psicología nos planteamos realizar una pequeña investigación sobre este tema, dado que son frecuentes las noticias y reportajes relativos a la violencia juvenil. En los últimos meses han sido muy llamativos los actos violentos protagonizados por varios niños y las medidas tomadas por algunos gobiernos (Francia, Gran Bretaña, EE.UU...) tendientes a garantizar la seguridad en los centros educativos. Queremos exponer aquí los resultados obtenidos en nuestra investigación. Expondremos, sin descender a demasiados detalles, los métodos utilizados para la recogida de información y puesta a prueba de las hipótesis. Al final señalaremos algunas propuestas que se desprenden del estudio realizado.

José E. Abajo*

* Profesor de Psicología.

Equipo colaborador: Laura Castro, Rubén del Cura, Loly Fernández, Sergio Fernández, Carmen García, Ana I. Gómez, Marta Gutiérrez, César Maderuelo y Ester Olivares. Departamento de Psicología, Humanidades y Ciencias Sociales. IES «Sierra de Ayllón», Ayllón (Segovia).

EL Gobierno francés aprueba un plan de lucha contra la violencia escolar; Ante la grave situación de violencia que soportan los centros escolares en Francia, el ministro francés de educación propone convertir las escuelas en fortalezas; Medidas del Gobierno francés para erradicar la violencia escolar. Construcción de altos muros y presencia de vigilantes en colegios e institutos (Titulares de la prensa durante la primera semana de marzo de 1996).

¿Son los jóvenes tan violentos como a veces se les quiere presentar en las conversaciones de algunos adultos? ¿Las noticias difundidas por los medios de comunicación sobre actos delictivos cometidos por gente joven son representativas de un sector amplio de los jóvenes? «¿La juventud es cada vez más violenta?» ¿Cuáles son realmente los hábitos de convivencia de los jóvenes de hoy?

Métodos de investigación utilizados

LOS métodos que hemos aplicado en esta investigación han sido los siguientes:

– *Trabajo de campo/observación participante y diario de campo*: A lo largo de varios meses nuestro equipo de investigación ha observado y anotado la realidad circundante, fijándonos en cualquier atisbo de violencia o de agresividad que pudiera producirse: en los fines de semana, en las clases, en las parejas, en las familias, en el deporte, en los medios de comunicación, rivalidad entre pueblos, en la política...

– *Dos cuestionarios sobre dinámica grupal* pasados a 200 alumnos de 6.º, 7.º y 8.º de EGB, y 3.º y 4.º de la ESO de centros escolares de la zona (1).

– *Grupos de discusión* con adolescentes sobre «sexismo y violencia».

– *Entrevista con varios «skins» o jóvenes ultras*.

– *Análisis de la televisión* con respecto a la violencia y agresividad:

a) Porcentaje de protagonistas y mujeres. ¿Quién lleva «la voz cantante»?

b) ¿Cuáles son los atributos o características que más se valoran en los hombres que salen, y cuáles en las mujeres?

c) Tratamiento que se da a los actos violentos: objetividad o sensacionalismo?

(1) Las preguntas se han inspirado o tomado de Pallarés, M.: *Técnicas de grupo para educadores*. ICCE, Madrid, 1982.

- d) Causas de las noticias de violencia que aparecen en televisión.
- e) Protagonistas que se basan en la violencia como medio para solucionar los conflictos.

Resultados obtenidos

LA violencia física y los actos delictivos son muy minoritarios.

La violencia física en los jóvenes es muy minoritaria: a la hora de hablar de la violencia o de la delincuencia hay que reducirlas a su verdadera proporción, y no hacerlas extensivas a «los jóvenes en general». Realmente se pueden contar con los dedos de la mano las acciones violentas o delictivas realizadas por algún joven al cabo de un mes en esta zona.

Por otra parte, el porcentaje de acciones violentas protagonizadas por gente joven no es mayor que el de actos violentos causados por adultos. Tampoco tenemos motivos para pensar que la época actual sea más violenta que otras pasadas; todo lo contrario: basta con hojear cualquier libro de historia española o universal de este siglo o de otros anteriores para comprobar que los conflictos bélicos, la injusticia y las tensiones sociales jalonan la vida del ser humano sobre la tierra... Si uno estudia la figura del Cid (o muchas fiestas o conmemoraciones regionales o nacionales) se descubre que constituyen auténticos cantos a la guerra y a la confrontación. Lo que ocurre es que en nuestros días los medios de comunicación sirven de caja de resonancia de cualquier acto delictivo o violento ocurrido en cualquier lugar de la geografía, tanto regional, como nacional e incluso internacional.

También hay que señalar que son muchos los jóvenes que en la actualidad se dedican a actividades deportivas o que colaboran en asociaciones humanitarias, de defensa del medio ambiente o participan en manifestaciones pacifistas... y que la realidad es que la gran mayoría de los jóvenes rechazan la violencia física, la delincuencia y los actos vandálicos.

Modelo económico que genera un malestar latente. Es imprescindible referirnos al marco social en el que nos movemos. Constatamos que el modelo económico de nuestra sociedad encierra una gran competencia, presión por el consumo, marginación para un sector de la población y doble lenguaje, que sitúa a las personas a la defensiva y las predispone, de alguna manera, a la agresividad. Vivimos instalados en la contradicción: es cierto que hay mayores comodidades e inventos que nunca y nos regimos por unas leyes que pro-

pugnan los principios democráticos y humanitarios; y, sin embargo, paradójicamente, se dan en nuestra sociedad unas tasas millonarias de desocupación, con la consiguiente angustia y precariedad económica, y se produce un desequilibrio sangrante e inhumano entre los países del hemisferio Norte y los del Sur (y cae sobre la mayor parte de los pobladores de este último el peso de una deuda económica que les condena a la malnutrición y la miseria).

Se diría que es la nuestra una sociedad escindida entre sus declaraciones de progreso y democracia y sus prácticas, regidas por el dogma economicista de la competitividad, que produce jerarquización, exclusión, desconfianza...

Persistencia del machismo. Uno de los resultados más patentes de nuestra investigación es que los actos violentos los protagonizan en mayor medida personas de sexo masculino. Por ejemplo, en uno de los ítems del cuestionario preguntábamos: «¿Alguno de mis compañeros/as se ha reído de mí, me ha ridiculizado, insultado, pegado o amenazado? En caso afirmativo, en qué porcentaje el agresor ha sido un compañero (un chico) y en cuál una compañera (una chica)». El porcentaje es altísimo en contra de los chicos. Son éstos los que se ríen de y, sobre todo, cuando se produce una agresión, los agresores son en un 90 por 100 varones. En las anotaciones de los diarios de campo la gran mayoría de los incidentes violentos y los de carácter más agresivo los acaparan los chicos, tanto en los fines de semana y vacaciones como en las clases.

Las discusiones de las chicas suelen ser menos violentas y más cortas (por lo general, no pasan de algún insulto). Además, no sólo ocurre que en un porcentaje mayoritario de las manifestaciones violentas el agresor es del sexo masculino, sino que hay un cierto componente machista en su actuación; es lo que podemos denominar «el argumento genital del machote». Hay una asociación entre virilidad y masculinidad bastante pintoresca y de resultados lamentables para la paz del grupo.

¿Qué hay detrás de todo esto? ¿Es la testosterona (hormona masculina), como dicen algunos, la causante de ese plus de agresividad de bastantes hombres? No sabemos si eso tendrá algo que ver (o será una coartada más) o el hecho cierto de que suelen tener más fuerza, pero lo que está claro es que las costumbres sociales sí que están influyendo en crear un modelo de masculinidad violento.

En los juegos y juguetes y las expectativas que los padres proyectan sobre los niños y niñas, así como en los *modelos adultos* que los niños observan en su vida cotidiana prevalecen los estereotipos sexistas. Así mismo, *los medios de comunicación* transmiten mayoritariamente un modelo de protagonista masculino y con frecuencia defensor de la violencia para dirimir los conflictos.

Veamos un pequeño botón de muestra: ¿de qué irán disfrazados la niña

y su hermanito en carnaval? Si observamos el desfile de algunos colegios vemos que predominan, por un lado, encantadoras princesas, hadas y tules... y, por otro, aguerridos piratas, pistoleros, supermanes y espadachines. Algo similar ocurre con los juguetes que traen después de Navidades, bastante diferenciados en los usos que permiten, según sea el sexo de su portador. Hemos observado también que muchas veces cuando un amigo o familiar de los padres se acerca a los hijos de éstos dice: «¡Qué guapa!», dirigiéndose a la niña, mientras que a su hermanito le coge por los aires, le empuja, le chinchita o le llama «machote»... De una manera solapada, se incita a que el chico sea resuelto y desconsiderado, mientras que si una chica insulta se le dice que no tiene que pegarse. El caso es que al niño de sexo masculino le van llegando diversos y abundantes mensajes de lo que es «ser un hombre», que van empapando imperceptiblemente sus esquemas mentales. A consecuencia de ello, el chico varón (de un modo más o menos consciente) tiende a creerse con más derecho, menos respetuoso con los demás, y más agresivo en todos los campos de la vida.

Bajo los efectos del alcohol. Otra constatación de nuestras observaciones es que en la mayor parte de los incidentes violentos ocurridos durante el fin de semana está presente el alcohol en los agresores. La mayoría de los fines de semana muchos jóvenes escapan de las actividades semanales y van a parar a los «pubs» y discotecas. Allí se pueden reunir muchos jóvenes, todos aglomerados, bailando, bebiendo... divirtiéndose. Con tanta gente, siempre hay alguien que se da un empujón o un pisotón sin querer, y el otro lo toma a mal, se cruzan unas palabras y se llega a las manos. Esto ocurre en contadas ocasiones, ya que la mayoría de las veces se piden perdón y queda zanjado el asunto. En las pocas discusiones y peleas que hemos presenciado cada uno de nosotros (que son realmente muy esporádicas) el alcohol ha jugado un papel decisivo: el alcohol hace que salga la parte negativa de la persona o al menos la parte más oculta; bajo su influencia se razona mal, algunos quieren llamar la atención, se provoca a otros y esa provocación a veces acaba en pelea.

Influyen en todo esto algunas bromas de mal gusto, iniciadas cuando han tomado ya varias copas. Si el otro se lo toma a mal, se llega a los insultos y empujones, se desliza algún golpe y estamos ya así al borde de la pelea. Influye desde luego el temperamento y el grado de ebriedad de los amigos. Depende de cómo esté el grupo. Si están serenos, pueden pacificar a los que discuten. Si por el contrario ya están bebidos, jalean a los que discuten con frases retadoras. (El «argumento genital» unido al alcohol es el desencadenante de la mayoría de las peleas).

Las riñas suelen ser por motivos nimios: si una silla estaba ocupada o

libre (ia las cinco de la madrugada!) o el enfrentamiento se debe a las preferencias por una determinada chica. A veces hemos observado un alto componente machista en este tipo de acciones (2).

En algunas discusiones y altercados se puede dar un componente de rivalidad entre pueblos o grupos. Esto, al menos por esta zona, ocurre más en verano. Casi todos los fines de semana hay fiestas en los pueblos y los jóvenes se tienen que desplazar. Como se va en grupos, si se pelea uno del grupo es fácil que los otros vayan a defenderlo. Acaba por enzarzarse en la pelea el grupo entero por una especie de solidaridad con los de su grupo o pueblo. Sin embargo se trata de casos muy contados. En general, hay una buena relación entre todos, la gente se va a divertir sin más y pasa de cualquier camorrista que pueda presentarse (normalmente, bebido).

Ante las discusiones y peleas la mayor parte de la gente no reacciona. En una ocasión oímos a uno que se lamentaba de haberse perdido una pelea, pero creemos que esto no representa el sentir de la mayoría. Las gamberradas del fin de semana (volcar una papelera o cosas por el estilo) y las conductas temerarias al volante las noches de los sábados (casi siempre en chicos) son producto también del alcohol. Es cierto con todo que la gran mayoría de las personas que conocemos, si han bebido, dejan conducir a otro, porque lo contrario es una estupidez. Tal vez lo que ocurra es que la gente que conduce bebida no sea estúpida y se sepa la teoría... pero el propio alcohol algunas veces les impide aplicarla.

Lo que sí cierto es que cualquiera puede comprobar que los fines de semana la gente joven bebe mucho (como si fuese ésta la única manera de relacionarse y divertirse). Cada vez se empieza a salir y a beber con menos edad y hasta una hora más tardía.

Noche tranquila y monótona. Los jóvenes beben muchísimo, incluso los menores; la gente cree que se divertirá más o que será más mayor solamente por la bebida.

Hay un número considerable de personas que van con el objetivo más o menos definido de «colocarse» esa noche porque hay fiesta: se bebe por el objeto de beber y para pasar un rato bien. Por ejemplo, en las llamadas «fiestas del instituto» (que son bailes que organizan los de 2.º de Bachillerato: el curso último en la LOGSE) siempre hay algún borracho y de los cursos inferiores. Y no ha faltado alguna pelea. Los mismos carteles que anuncian la

(2) «Eran las tres de la mañana. Había una pareja de unos 25 años. Él estaba bastante bebido, le daba voces a ella y la insultaba (...). Le echaba en cara que miraba y hablaba con otros chicos. A ella no se le oía hablar porque no daba voces, debió decir algo que no le gustó a él y le dio una bofetada. Ella se pudo a llorar pero no hizo nada. Se quedó quieta, como si tuviese miedo de él. Después él se puso a consolarla».

fiesta muchas veces hacen alusión a que hay que colocarse (¡POR FIN [...]! PARA CELEBRARLO, PILLAREMOS TODOS A NUESTRA FIEL AMIGA: «LA COGORZA», EN LA DISCOGONCIA [...] TE ESPERAMOS ESTE VIERNES [...] (LA FECHA TAN ESPERADA), y hay un dibujo con uno que lleva una botella en el bolsillo y una copa en la mano).

Y anuncios, desde luego, no faltan para recordarle que *la vida es dura* y que hay que divertirse y des-ahogarse bebiendo.

Si –tal como hemos comprobado en nuestras observaciones– a más alcohol se producen más brotes violentos, parece que se está abonando el terreno...

Agresividad en el deporte y malestar escolar latente

SE pueden observar también pequeños conatos de violencia (verbal, sobre todo) en algunos encuentros deportivos. Esto ocurre con mayor virulencia en las ciudades, entre algunos sectores de gente muy forofa del fútbol, especialmente después de haber bebido en abundancia. Notemos aquí que con frecuencia se da un alto nivel de hipocresía. No es inusual que algunos directivos de grandes clubs, al parecer, son los primeros que subvencionan a grupos ultras, con el fin de que los voten y para que «animen al cotarro».

La violencia en los partidos de los grandes equipos es más llamativa y espectacular. Es de la que se ocupan los medios de comunicación. No es necesario, sin embargo, recurrir a las ciudades o a los partidos de equipos famosos (ni hace falta que le paguen a nadie) para ver aflorar brotes de agresividad en torno al deporte. En cualquier competición (Jornadas Culturales de institutos, campeonatos comarcales o provinciales, incluso a veces en partidos amistosos) entra dentro de lo habitual (!) la posibilidad de que en algún momento la competitividad deportiva se transforme en algún incidente o agresión y que algún jugador o espectador se enfrente o insulte a los jugadores del equipo contrario o al árbitro. La mayoría de las veces los que inician el conflicto son de sexo masculino.

En los centros escolares de nuestra zona es muy raro encontrarse con algún tipo de violencia física. Sin embargo, de los cuestionarios sobre dinámica grupal que hemos pasado a alumnos de cinco cursos (de edades comprendidas entre los 11 y los 17 años) se desprende un cierto descontento del alumnado, fundamentalmente por el comportamiento perturbador en las clases y por la escasez de compañerismo.

En varias preguntas *abiertas*, al preguntar por los principales problemas que detectan los alumnos en la marcha de las clases, un 48 por 100 señalan que habría que mejorar el comportamiento, un 24 por 100 indican la necesidad de un mayor respeto mutuo, el compañerismo, la amistad... El mal comportamiento de algún compañero y los que molestan en clase son señalados como causas de molestia por un 76 por 100.

Medidas propuestas por los alumnos para solucionar los problemas

POR ello, un tanto por ciento muy elevado, pide que los alumnos mejoren su comportamiento, el compañerismo y la ayuda mutua (58 por 100). Con tantos por ciento menores, piden que se aumenten los castigos, que se expulse a los que se portan mal. Se insiste, en porcentajes muy altos, en la mejora de conductas del grupo para que uno se pueda sentir más a gusto, en el respeto a las opiniones de los demás, en la unión y colaboración, en la sinceridad en las conversaciones.

Todos estos resultados han llevado a los encuestadores a la conveniencia de valorar el clima que existe entre los compañeros de clase. Para conocer mejor los sentimientos de unos compañeros hacia otros y el grado de satisfacción por la relación interpersonal en el seno de los grupos-clase, planteamos una serie de preguntas *cerradas*. Los alumnos debían escoger entre cinco alternativas posibles.

Hay que indicar en primer lugar que no todo el mundo responde a los cuestionarios con el mismo grado de concentración y seriedad. Pero, de todas las maneras, pensamos que «de la abundancia del corazón, habla la boca», y que, por tanto, estos datos sí nos están remitiendo a aspectos sobre los que habría que reflexionar con más profundidad.

A través de los datos expresados en las encuestas y recogidos en este estudio, como conclusiones generales resumidas, constatamos que el problema del grupo-clase que más señala el alumnado es el comportamiento perturbador durante las clases (nada menos que el 48 por 100 de los encuestados se refieren a él en una pregunta abierta). Una cuarta parte del alumnado de estos cursos señala en una pregunta abierta que hay poco respeto entre los compañeros y poco compañerismo.

En torno al 10 por 100 de los alumnos se lamenta de que se hable mucho en clase cuando no corresponde, de que se molesta a los demás, y de que los insultos son frecuentes.

De la tabla de preguntas y respuestas se deducen las siguientes conclusiones:

EN ESTE GRUPO, YO...	Raramente	Algunas veces	Frecuentemente	Generalmente	Siempre o casi siempre
1. Puedo expresar sentimientos afectuosos	27	33	10	14	16
2. Puedo expresar sentimientos de enfado	10	37	18	12	23
3. No admito ideas diferentes a las mías	52	31	3	6	8
4. Disfruto dejando que otros me conozcan	7	15	13	22	43
5. Me preocupan mis ridiculeces	24	28	10	11	27
6. Me siento cómodo	9	21	11	22	37
7. Trato de relacionarme sólo con unos pocos compañeros	50	28	6	6	10
8. Aparento distinto de lo que soy	61	22	6	4	7
9. Me siento inseguro de mí mismo	43	33	11	5	8
10. Soy consciente de los sentimientos de los demás	22	27	18	11	22
11. Tengo la impresión de que los demás me ignoran	52	38	4	3	3
12. Tengo la impresión de que los demás se preocupan de mí	22	44	10	11	13
13. Tengo la impresión de que los otros no me escuchan	41	40	11	3	5
14. Me siento nervioso	41	34	11	7	7
15. Tengo la impresión de que los otros me critican	38	40	10	6	6
16. Creo que los demás se ríen de mí cuando me equivoco	22	39	21	8	10
17. Me parece que gusto a los demás	28	34	13	14	11
18. Creo que no me ven como soy	38	30	10	14	8
19. Me parece que los demás son fríos	44	37	11	5	3
20. Tengo la impresión de que no son sinceros	23	40	22	9	6
21. Me parece que se puede confiar en los demás	12	36	11	15	26
22. Me parece que los demás se interesan por mí	14	39	18	15	14

El 41 por 100 manifiesta que en las actividades de grupo no tiene oportunidad de hablar todo lo que quisiera.

En cuanto a las *medidas para solucionar los problemas* de la clase, para sentirse más a gusto en el grupo y para mejorar la forma de trabajar juntos los miembros del grupo-clase se proponen (en tres preguntas abiertas): fundamentalmente mejorar el comportamiento y la responsabilidad; en segundo lugar, aumentar el compañerismo y la cooperación y no hablar ni molestar tanto en clase; después, incrementar los castigos, la disciplina y las sanciones; otras medidas menos aludidas son: reunirse y comentar los problemas, no insultarse y respetar las opiniones de los demás; y algunas medidas planteadas por un pequeño porcentaje de alumnado son: hablar con sinceridad y trabajar más en grupos, menos machismo y expulsión de algunos alumnos.

Sólo un 11 por 100 del alumnado indica que todo va bien. En contraposición, hay un 3 por 100 que señala *motu proprio* que «no tiene remedio», «nada resultaría».

Nos parece importante destacar también otros aspectos (referidos a los datos de la tabla 8), en esta ocasión obtenidos con preguntas cerradas:

– Los sentimientos afectuosos se pueden expresar raramente (27 por 100 de los alumnos) o sólo algunas veces (33 por 100). Al comparar los resultados del ítem 1 y 2 se detecta que, a juicio de los propios alumnos de estos cursos, es más fácil expresar sentimientos de enfado que afectuosos.

– Hay un porcentaje alto de alumnos que indica que a menudo o muy a menudo: se siente nervioso (25 por 100), inseguro (23 por 100), criticado por los compañeros (22 por 100), ridiculizado por los demás si se equivoca (39 por 100), no escuchado por los demás (19 por 100), o que se lamenta de poca sinceridad en el grupo (22 por 100), de que los demás se interesan poco o muy poco por él (39 por 100), o de que se siente *obligado* a aparentar ante los compañeros (11 por 100).

Un hecho fácilmente constatable si nos fijamos en los pasillos entre clase y clase o en los recreos es que hay algunos chicos (de género masculino, por lo general, una vez más) que con cierta frecuencia se relacionan con el resto de los compañeros y compañeras a base de empujones (dando empujones a los que pasan) o diciendo tonterías. Por otra parte, año tras año, se repiten pequeñas novatadas a los «pipiolos» recién llegados al instituto.

En cuanto al deterioro de las instalaciones y materiales comunes, no se advierten hechos demasiado sobresalientes, pero sí que se pueden apreciar ciertos detalles: los tablones de anuncios de las clases y algunas mesas aparecen pintadas, casi la mitad de los taburetes del aula de artística están algo estropeados, las tizas e incluso los borradores escasean en la mayoría de las

aulas (porque algunos alumnos juegan con ellos entre clase y clase); alguna vez este año han aparecido las cerraduras de las puertas de entrada del instituto tapadas con silicona; las canastas y porterías del patio se encuentran rotas, sin que se sepa quién ha sido el causante de estos desperfectos; también este año después de un fin de semana apareció destrozada una pequeña escultura decorativa que había a la entrada del instituto.

¿A qué se debe ese clima difuso de conductas perturbadoras, pequeños empujones, descuido, y falta de confianza y seguridad entre los compañeros? Creemos que éste debiera ser un *tema de obligado estudio* para todos. Nosotros nos atrevemos a proponer las siguientes hipótesis, muy relacionadas entre sí:

a) *Sociedad escindida*: El sistema escolar, en consonancia con la sociedad en la que está inmerso, tiene también un carácter antinómico o contradictorio: basado en la igualdad entre los alumnos y el derecho de éstos a desarrollar al máximo sus capacidades y en la cooperación, prepara, sin embargo, para la inserción en un sistema productivo y social estratificado. Esto genera posturas a la defensiva, desconfianza e individualismo (Abajo, J. E.: 1996).

b) *Falta de horizontes*: Los jóvenes tenemos más medios que nunca (según nos dicen), pero con un horizonte vital bastante competitivo y cerrado... ¿Qué hacer?: vivir el presente, divertirse, intentar sacarte tus notas como sea...

c) *Doble lenguaje*: No vemos demasiada coherencia entre lo que nos *pregonan* (los derechos humanos, la solidaridad...) y lo que realmente *manda* (el dinero, el individualismo y el egoísmo parecen la verdadera norma).

d) *Falta de exigencia hacia los niños*: A los niños y niñas hoy se tiende a darles muchos caprichos y se les permite mucha liberalidad (en contraposición con épocas pasadas, que ocurría lo contrario). Esto tiene aspectos positivos, pero posiblemente en muchos casos no se les transmiten unas normas claras de hasta dónde hay que pedirles que se autocontrolen y respeten a los demás, o puede llegarles el mensaje de que no importa gastar por gastar... o que lo único realmente importante son las notas.

e) *Persistencia del sexismo en la educación*: De un modo poco consciente, todavía hoy se inculca a los niños (varones) la idea de «ser machotes».

Algunos compañeros posiblemente por la confluencia de todos estos factores ambientales, unidos a otras circunstancias personales (como su temperamento más impulsivo, problemas familiares que puedan tener, porque les va mal en los estudios, o porque son más individualistas o machistas y no saben cómo hacerse los duros o los graciosos), se manifiestan menos respetuosos y más desconsiderados con los demás y llevan a cabo conductas que,

sin ser graves, distorsionan la marcha de la clase, deterioran los espacios comunes o resultan agresivas con otras personas. Los demás, por lo general, se aguantan y no suelen llamarles la atención tampoco o les sonríen (o ellos también realizan conductas de ese tipo, aunque en menor medida).

El tema de la violencia y la agresividad —por lo que nosotros alcanzamos a ver a nuestro alrededor— no es llamativo ni espectacular en nuestros centros (y, por tanto, nos parecen exagerados y tremendistas los titulares de la prensa con que encabezábamos este artículo); pero, si se observa un poco, sí que se aprecia que tampoco reina una maravillosa armonía y que hay síntomas claros de malestar y desasosiego.

Jóvenes impregnados por las ideas violentas de la sociedad

EN nuestra zona son escasísimos (se pueden contar con los dedos de la mano) los jóvenes de ideas antidemocráticas.

Hemos charlado en varias ocasiones con dos adolescentes que defienden planteamientos ultras. Se limitan a repetir cuatro ideas muy parciales y reducidas (que si hay que poner orden y mano dura, que si la culpa la tienen los emigrantes...). Una de las cosas más lamentables del caso es que, si se aplicaran unas medidas punitivas tan rigurosas como preconizan, posiblemente ellos serían los primeros en sufrirlas.

Las ideas antidemocráticas (ultras de extrema izquierda o de extrema derecha, racismo y xenofobia) llevan un mensaje de odio y desvalorización hacia otros grupos sociales, que —si bien no siempre pasan a la acción— son un caldo de cultivo para que algunas personas más impulsivas se sientan legitimadas a actuar violentamente. Ideas simples, contradictorias, que pretenden resolver las contradicciones sociales de un modo torpe y totalmente contraproducente. Aunque, por otra parte, estos jóvenes son el fruto que destilan algunos presupuestos competitivos y violentos que existen diluidos en la sociedad.

Tampoco las ideas racistas hacen buenas migas con la paz:

Llegan dos marroquíes jóvenes al pub, y uno del pueblo de los que habla por hablar dijo algo así como: «Si alguien estuviera a mi favor, yo mismo mataría a esos marroquíes, que nos quitan el trabajo».

Nos parece también muestra de intolerancia el hecho de que, en una clase concreta en la que hay un alumno con deficiencia mental, el 30/40 por

100 de los compañeros, en las preguntas relativas a «*cosas que necesitan mejorarse en el grupo de alumnos de tu clase*» y «*algo que te moleste durante las actividades de clase*», así como a las medidas para «*llevar a la práctica esos cambios necesarios*», señalen que les molesta la presencia de ese alumno de integración y que se le debe echar de su clase o del instituto. Hay que significar que en ese grupo había otros problemas de falta de compañerismo y de rendimiento académico...

A modo de conclusión: ni leones ni avestruces

LOS datos que hemos expuesto están referidos a nuestra comarca (rural y castellana), aunque se inscriben dentro de un contexto social general.

Más que presentar unas conclusiones, quisiéramos señalar que este tema que hemos esbozado aquí, relativo a los hábitos de convivencia de los jóvenes, debe permanecer abierto o, mejor, abrirse a la reflexión y al debate sinceros y sin desenfoces ni falsos alarmismos.

Sí que nos atrevemos a destacar ocho puntos de referencia (ninguno de los cuales se explica si no es en relación con los otros) que en esta investigación hemos percibido como más importantes:

1. Al menos en el entorno que hemos estudiado, la violencia entre los jóvenes es *minoritaria* y apenas hay agresiones físicas, ni actos delictivos. Los medios de comunicación transmiten una imagen alarmista, porque el morbo vende y los miles y miles de jóvenes pacíficos y pacifistas no son noticia.

2. El modelo social en el que estamos inmersos tiene *muchas contradicciones* y tensiones, y los casos de violencia juvenil se dan, en gran medida, como imitación del mundo adulto. Sin quitar responsabilidad a nadie, los jóvenes que actúan con violencia son, además de escasos, síntomas de una realidad que les abarca.

3. Se nos dice: «*tienes que ayudar a los compañeros*» y, a la vez, «*tienes que ser el mejor* para poder tener un buen trabajo el día de mañana»; o «*lo que importa es aprender*», pero «*lo que no vale* (lo que no es dinero o notas) es igual a cero, y tú no puedes pasar de ello»... ¿Cómo se conjuga todo esto?

4. En la educación de los niños queda mucho *machismo*, apenas disimulado, y en la sociedad «el argumento genetal» está muy presente: esas ideas sexistas tienen un germen de prepotencia y de falta de respeto a los demás.

5. El consumo abundante de *alcohol* durante los fines de semana está muy extendido entre los jóvenes, y el alcohol suele actuar como desencadenante de la mayoría de las peleas.

6. *Los campeonatos deportivos*, con frecuencia, están más *cargados de agresividad* que de sentido lúdico.

7. Las ideas *ultras* y antidemocráticas y racistas se cierran en cuatro estereotipos, y son modos torpes y simplistas de eludir el análisis de la realidad social de un modo global. Son muy pocos los que las defienden abiertamente, pero tienen un cierto sustrato social.

8. Existe un *malestar escolar latente*, que entre todos debemos analizar y buscar vías de mejora. No es una violencia declarada, pero sí se aprecian tensiones en los grupos de clase, como sentirse molestado porque se habla demasiado durante las clases o con miedo de lo que te puedan decir los compañeros.

En consecuencia, no es tan fiero el león de la violencia juvenil como le pintan, pero tampoco podemos actuar como avestruces, insensibles a los síntomas de malestar y desazón que se aprecian en la vida cotidiana de los jóvenes: es algo que está ahí, que tiene sus raíces y que sería insensato dejar que fuera creciendo.

El reto que se nos plantea

ESTAMOS rebasando la extensión razonable de un artículo y, sin embargo, no hemos *contestado* a la segunda parte: ¿qué se puede hacer?, ¿cuáles deben ser *las propuestas de mejora*?

Vaya por delante algo bastante evidente: el tema es muy complejo y tiene perfiles que se nos escapan de las manos. Tal vez por ello el mayor sea (además del tratamiento sensacionalista dado a algunos casos aislados) el escepticismo, la apatía, el dejarlo pasar... Frente a eso, nosotros creemos que, ya que la convivencia es algo que a todos nos incumbe, todos (y cada uno con el grado de responsabilidad que le corresponda), debiéramos pararnos un poco y hacernos algunas preguntas, tales como las que sugerimos a continuación:

1. *Los padres*: ¿Hay diálogo y posibilidad de hablar suficiente y confiadamente entre padres e hijos? ¿Se exige a los hijos unas normas claras y un respeto hacia los demás o, más bien, se les sobreprotege y se les permite y

disculpa todo? Queriendo o sin querer, ¿se educa igual a los niños que a las niñas?, ¿se tienen las mismas expectativas sobre ambos?, ¿se contrarresta de alguna manera el *machismo ambiental*? Preguntas similares podrían o deberían hacerse sobre cómo se contrarresta en la educación diaria que se da a los hijos el *individualismo*, *consumismo*, *clasicismo* y *racismo* latentes en la sociedad. ¿Se educa a los hijos en la cooperación y la solidaridad?

2. *Los profesores*: ¿Se podrían organizar más actividades que favorezcan la cohesión de los alumnos, como una fiesta de acogida para recibir a los alumnos nuevos, acampadas y meriendas de los compañeros de la clase, realización de proyectos, pequeñas investigaciones y trabajos en grupo, etc.? ¿Son los colegios e institutos espacios confortables en cuanto a patios, pasillos, aulas, bancos y lugares donde reunirse y charlar o jugar? ¿Cómo lograr que las actividades de las clases (sin perder contenido) sean más amenas y cómo hacer real la evaluación continua? ¿Cómo ayudar a los alumnos que tienen conductas perturbadoras y a los que se quedan descolgados? ¿Dan ejemplo de unión y colaboración los profesores entre sí?

3. *Los responsables de la política educativa y social y de la economía*: ¿Se dedica en los presupuestos la cantidad suficiente para que los centros escolares sean lugares acogedores y que propicien la convivencia? ¿Qué alternativas se les ofrecen a los jóvenes para el tiempo libre? Y sobre todo: ¿Cuál es lo realmente importante en la educación? ¿Qué perspectivas de futuro nos están dejando a la juventud? ¿A dónde nos conduce una sociedad con tanta competencia, tanto paro y tantas y tan grandes desigualdades?

4. *Los medios de comunicación*: ¿Es imprescindible el tratamiento sensacionalista de las noticias para vender más? ¿Vender más es el único objetivo? ¿Qué hacen para reflejar los comportamientos y problemas reales de la juventud? ¿Es sano emitir tantas películas de psicópatas y tantas series de tiros?

5. *Los jóvenes*: ¿Es tan necesario estar «entonado» los fines de semana para comunicarse con los demás y para divertirse? ¿Qué debiéramos hacer cada uno de nosotros para que mejorara el clima de trabajo en las clases y para no molestar a los demás? ¿Cuidamos suficientemente los espacios comunes? ¿Qué podemos hacer para que todos nos sintamos más a gusto? ¿Cómo disminuir las críticas y aumentar la unión y cooperación entre los compañeros? ¿Cómo ayudar al compañero de clase que se desanima en los estudios? ¿Cómo ayudar a que reconsidere su postura el compañero que tiene conductas agresivas o alborotadoras y de poca consideración hacia los demás? ¿Los chicos podrían ser menos machistas y más sensibles?

En definitiva, creemos que *las propuestas de mejora* debemos *construirlas*

cada uno de nosotros, cada sector, cada grupo, cada una de las personas (con la parte de responsabilidad que a cada cual le corresponde y con el grado de poder que cada uno posee). Vivimos en una sociedad cargada de contradicciones, y, tal como se ha evidenciado en nuestra investigación, el mayor riesgo en nuestro entorno hoy no son precisamente los actos violentos graves, sino las conductas individualistas, la falta de autocontrol en algunas ocasiones, y, en definitiva, la desconsideración hacia los compañeros y los espacios comunes y el incumplimiento de las obligaciones hacia los demás.

El reto que se nos presenta a todos y cada uno de nosotros es el *demostrar* por qué tipo de sociedad y de relaciones interpersonales estamos apostando en la práctica, con nuestros hechos cotidianos. Así, nuestras últimas palabras son una apuesta animosa por la convivencia, empatía y coherencia.

Referencias bibliográficas

- Abajo, J. E. (1993): «La pluralidad y el conflicto en la escuela. Hacia una educación intercultural», *Boletín de Acción Educativa*, n.º 85.
- Abajo, J. E. (1996): «La escolarización de los niños gitanos: El desconcierto de los mensajes doble-vinculares y la apuesta por los vínculos sociales y afectivos», *Aula de innovación educativa*, n.º 47.
- Aloclaro (1982): *La delincuencia juvenil... a lo claro*. Madrid, Editorial Popular.
- AA. VV. (1995): «Prevención de toxicomanías y Educación Vital», *Cuadernos de Pedagogía*, n.º 235.
- Barbero, G. (1995): «El grupo, una estructura social», *Escuela Española*, n.º 3.252.
- Jackson, P. W. (1991): *La vida en las aulas*. Madrid, Morata.
- Kemmis, S. / McTaggart, R. (1988): *Cómo planificar la investigación-acción*. Barcelona, Laertes.
- Moreno, M. (1986): *Cómo se enseña a ser niña: el sexismo en la escuela*. Barcelona, Icaria.
- Pallarés, M. (1982): *Técnicas de grupo para educadores*. Madrid, ICCE.
- Rojas, J. (1995): *Las semillas de la violencia*. Madrid, Espasa Calpe.
- Taylor, S. J. / Bogdan, R. (1992): *Introducción a los métodos cualitativos de investigación*. Barcelona, Paidós.